



DENSIDAD DE VIDA SOCIAL DE UN PUEBLO

POR ANSELMO ARRIETA, PBTR.

El índice de vida societaria de un pueblo nos daría una de las medidas importantes para calibrar el grado de salud del mismo.

Dicho índice vendría dado por muchos factores. Podemos destacar unos cuantos:

El número y la vitalidad de INSTITUCIONES y ASOCIACIONES con que contara dicha comunidad, en nuestro caso, Rentería.

La importancia de las mismas, según respondan a necesidades de primer orden o de orden secundario (puede haber una proliferación de estas últimas al mismo tiempo que un vacío o raquitismo de las primeras).

La coordinación de todas ellas para una labor conjunta y jerarquizada de todas las fuerzas vivas de la comunidad.

La autonomía efectiva de tales instituciones y asociaciones respecto de instancias superiores, autonomía que garantice el verse libre de intromisiones que ahogan y entorpecen la vida de la asociación y su arraigo en la comunidad.

La participación activa de sus miembros en la vida de la asociación, de tal manera que ésta funcione como una auténtica comunidad de personas, evitando por una parte el monopolio de la vida de la asociación en unos cuantos miembros nada más, y, por otra, la pasividad de la mayoría.

Estos factores nos darían, sin duda, una aproximación importante de la densidad social de nuestro pueblo. Pero aún estaríamos a mitad de camino. Hemos considerado el grado de vida social de una comunidad DE PUERTAS HACIA DENTRO.

En la determinación del índice de vida societaria han de entrar otra serie de factores que miran a la comunidad DE PUERTAS HACIA FUERA. Y esta segunda categoría de factores cada vez tendrán un peso mayor, porque cada día un pueblo se basta menos a sí mismo.

Señalemos algunos aspectos:

Participación de la comunidad como tal y de los miembros de la misma en las diversas instituciones públicas. De día en día las decisiones que más atañen a una comunidad, nos recuerda la *Mater et Magistra*, no se toman en el seno de la misma, sino a niveles superiores. La participación de estas decisiones con voz y voto es vital.

Capacidad y madurez para integrarse en complejos económicos, comerciales, culturales, religiosos, etc., en mancomunidades de todo tipo, sabiendo evitar dos extremos: una autarquía recalcitrante, que no quiere dismantelar fronteras cada vez más suicidas y homicidas, y una colectivización desmedida que recorta o anula más de la cuenta autonomías de grupos intermedios.

Sensibilidad para el bien común superior, que le lleve a subordinarse a sus exigencias y a colaborar en su consecución a nivel comarcal, provincial, regional, nacional, mundial. Aquí también hay dos líneas de actuación: una, vertical, propia de los organismos oficiales, públicos; y otra, horizontal, propia de los individuos y grupos particulares, que se entregan a una tarea colectiva. La importancia, por ejemplo, de la Sociedad de Amigos del País, no sólo en el país vasco, sino en toda España, fue considerable.

Apertura a las corrientes de pensamiento de nuestro tiempo en todos los campos: cultural, religioso, científico, etcétera. Participación en las mismas, contribuyendo a su creación, enriquecimiento, purificación y expansión.

* * *

Pero volvamos al Rentería «de puertas hacia dentro». Un rápido y creciente aumento de la población sin un crecimiento paralelo de la red de instituciones y asociaciones, determina un índice bajo de salud social. El suburbio, con sus pésimas consecuencias, hácese presente.

¿Es que esto tiene interés y aplicación en el caso de Rentería?

En primer lugar vaya esta consideración: para que la realidad suburbio quede superada, se ha dicho, no basta con que no tengamos barrios de chabolas, o las chabolas hayan sido derruidas y sus familias hayan sido trasladadas a barrios nuevos. Si en este barrio falta la parroquia, la escuela, centros sociales, centros de recreo, asociaciones de todo tipo, aún subsiste la realidad «suburbio». Quizá sea un suburbio oculto a la gente por el aspecto bueno de sus nuevos edificios.

Sin esa trama rica de instituciones y asociaciones no solamente no se produce un desarrollo equilibrado del hombre, como persona individual y como miembro de una múltiple convivencia humana, sino que se produce una triste erosión y pérdida progresiva de la riqueza en hábitos, criterios, aspiraciones, etc., del adulto que cae en ese suburbio manifiesto o encubierto. Es el hombre emigrante que se desarraiga de toda la rica tierra en que creció, si no rica en opciones económicas, sí al menos en un acervo de tradiciones, y se siente sin arraigo en el nuevo espacio.

El fenómeno de los *blousons noirs* parece confirmar la existencia de tales suburbios encubiertos: la gente vive en viviendas modernas, goza de ingresos elevados, pero la sociedad no les da un contrapeso y un cauce sano para una equilibrada expansión de su personalidad. Entonces un extraño tedio se abate sobre esas sociedades contemporáneas, el tedio de un eterno presente, encerrado en sí mismo y que no desemboca en nada. Los *blousons noirs* tratan de liberarse, falsamente, de ese aburrimiento aplastante mediante expediciones violentas.

Una segunda consideración: hay pueblos, pongamos el ejemplo de Eibar, donde el crecimiento demográfico se debe fundamentalmente a la expansión interna de su núcleo primitivo, de sus fuerzas indígenas, que despliegan una vitalidad tal que permite alojar y alimentar a todos sus hijos y a muchas gentes de fuera del pueblo.

Y hay pueblos que deben su crecimiento demográfico a causas más bien externas: una gran industria montada en el pueblo, pero desde fuera: con capital humano, financiero, técnico, etc., venido de fuera, que sigue en gran parte afincado, enraizado fuera del pueblo. Otras veces es la cercanía de la ciudad; entonces una gran masa vive de la ciudad, pero no puede vivir en la ciudad. Son dos aspectos inversos que vienen a reforzar un mismo fenómeno de desarraigo en muchos casos. Los unos tienen sus industrias en la periferia o trabajan como cuadros dirigentes en las mismas, pero viven en la capital; los otros trabajan en la capital, pero no viven en ella.

Son dos tipos extremos de pueblos. Entre ellos cabe toda una gama de matices.

Sería interesante examinar los fenómenos sociales que se producen en el primer tipo de pueblo y compararlos con los del segundo tipo, hacia el cual se aproxima más bien el caso de Rentería en un grado mayor o menor.

La densidad de vida social en la mayoría de los casos será mayor en el primer caso que en el segundo. El suburbio manifiesto o encubierto, el desarraigamiento social, es posible que surja en el primero por un enorme desfase entre el crecimiento económico y el crecimiento de las demás instituciones y asociaciones de un pueblo. Pero es mucho más probable que surja antes y dure más en el segundo. Veamos.

Tipo primero. Los cuadros dirigentes, empresarios y técnicos viven donde trabajan y consumen donde ganan. No hay, en una primera época, evasión de capitales, de las ganancias, sino que quedan en el pueblo, actuando como multiplicadores de renta.

Esa nueva aristocracia ha nacido en el suelo en el que ella domina; aún no se diferencia mucho del pueblo, sino que tiene la misma lengua, las mismas costumbres, pertenecen a las mismas asociaciones religiosas, etc.

Todo ello hace que, a pesar de todas las oposiciones y luchas económicas, haya una comunidad de intereses, un mismo amor por la prosperidad del pueblo.

Crece, con la abundancia de hombres capaces y de recursos, la red de instituciones y asociaciones y la población creciente se integra en una comunidad equilibrada.

Tipo opuesto. La evasión de hombres preparados, o la ausencia, simplemente, de los mismos, la fuga de los recursos económicos que en la localidad se generan, pero que no quedan en ella, produce una pobreza humana y material, es decir, en hombres capacitados y en recursos. Consecuencia: mísera y tardía dotación de la red de instituciones y asociaciones necesarias para una vida comunitaria sana.

Y no solamente se produce una deficiente integración social, sobre todo, de las gentes que vienen de fuera, sino que se inicia la fuga de personas nativas con sus familias hacia áreas urbanas mejor dotadas.

Esas personas, bien preparadas culturalmente por lo general, no se desarraigarían de su pueblo si tuvieran una participación activa en tareas de promoción de la comunidad a través de su pertenencia a asociaciones.

La riqueza asociativa ofrece mayores oportunidades, un clima más apto para estos compromisos que ligán al hombre con su comunidad natal o vecinal y le hacen sentirse a gusto en su *txoko*, no porque sea lo mejor, sino porque es el suyo y porque siente la satisfacción de contribuir a hacerlo mejor.

* * *

Es de alegrarse el que en Rentería hayan nacido estos años asociaciones de todo tipo, en el campo religioso y en el civil, algunas con influencia provincial y hasta incluso nacional. Pero es menester que esta red asociativa siga enriqueciéndose.

Las tres nuevas parroquias, cuya erección canónica se espera sea hecha pública en fecha muy breve, son una alegre esperanza: tres grandes núcleos de población renterianos podrán contar en adelante con sus respectivos núcleos de vida comunitaria religiosa.

Pero no basta que surjan instituciones y asociaciones. La institución es el hombre. Las instituciones valen lo que valen los hombres que las llevan y las empujan y las sostienen.

Y los hombres valdrán más o menos, según sientan:

un profundo interés por el destino de la comunidad a que pertenecen;

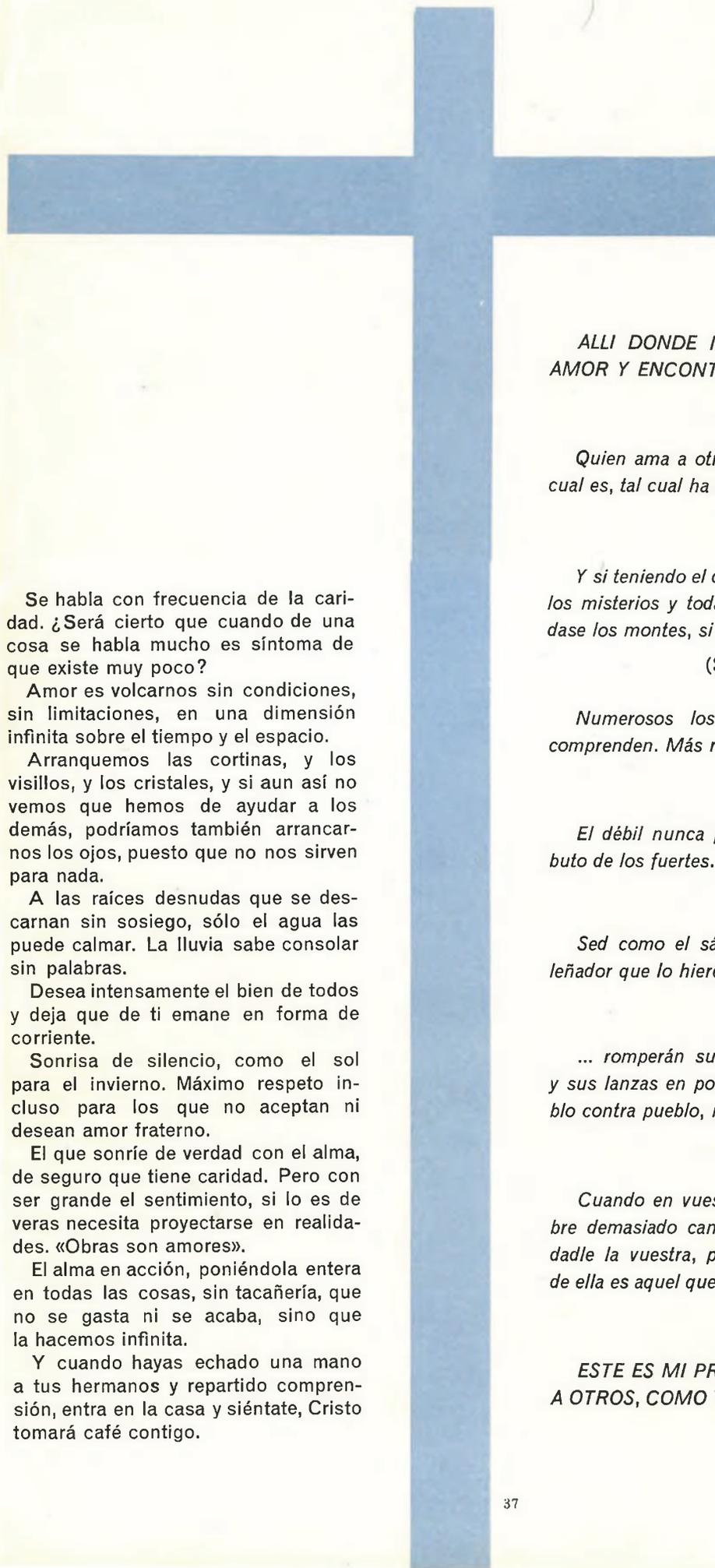
un deseo de participar en la promoción de la misma a todos los niveles (comprensión de los problemas, decisión de las medidas, realización de la acción acordada);

una fina sensibilidad a los males del mundo y de la sociedad;

la convicción de que la lucha constante y coordinada de los hombres consigue que reinen junto a nosotros más razón, más justicia, más felicidad, más amor;

la competencia y preparación práctica para el desempeño de responsabilidades sociales.

Hombres así lograrán que nuestros pueblos vivan y crezcan de modo sano y equilibrado, suscitando y manteniendo, día tras día, una incesante y múltiple acción de solidaridad.



Se habla con frecuencia de la caridad. ¿Será cierto que cuando de una cosa se habla mucho es síntoma de que existe muy poco?

Amor es volcarnos sin condiciones, sin limitaciones, en una dimensión infinita sobre el tiempo y el espacio.

Arranquemos las cortinas, y los visillos, y los cristales, y si aun así no vemos que hemos de ayudar a los demás, podríamos también arrancarnos los ojos, puesto que no nos sirven para nada.

A las raíces desnudas que se descarnan sin sosiego, sólo el agua las puede calmar. La lluvia sabe consolar sin palabras.

Desea intensamente el bien de todos y deja que de ti emane en forma de corriente.

Sonrisa de silencio, como el sol para el invierno. Máximo respeto incluso para los que no aceptan ni desean amor fraterno.

El que sonríe de verdad con el alma, de seguro que tiene caridad. Pero con ser grande el sentimiento, si lo es de veras necesita proyectarse en realidades. «Obras son amores».

El alma en acción, poniéndola entera en todas las cosas, sin tacañería, que no se gasta ni se acaba, sino que la hacemos infinita.

Y cuando hayas echado una mano a tus hermanos y repartido comprensión, entra en la casa y siéntate, Cristo tomará café contigo.

ALLI DONDE NO ENCUENTRES AMOR, PON AMOR Y ENCONTRARAS AMOR.

(San Juan de la Cruz)

Quien ama a otro, le acepta desde un principio tal cual es, tal cual ha sido y sin condición: tal cual será.

(Michel Quoist)

Y si teniendo el don de profecía y conociendo todos los misterios y toda la ciencia y tanta fe que trasladase los montes, si no tengo caridad, no soy nada.

(San Pablo. Ep. a los Corintios)

Numerosos los que consuelan; raros los que comprenden. Más raros aún los que reparten.

(Josse Alzin)

El débil nunca puede perdonar. Perdonar es atributo de los fuertes.

(Gandhi)

Sed como el sándalo, que perfuma el hacha del leñador que lo hiere.

(Rabindranath Tagore)

... romperán sus espadas trocándolas en arados, y sus lanzas en podaderas. No alzará ya espada pueblo contra pueblo, ni se adiestrarán más en la guerra.

(Isaías II, 4 y Miqueas IV, 3)

Cuando en vuestro camino encontréis a un hombre demasiado cansado para otorgaros una sonrisa, dadle la vuestra, porque quien más necesidad tiene de ella es aquel que no la puede ofrecer.

(Marcel Ducos)

ESTE ES MI PRECEPTO: QUE OS AMEIS UNOS A OTROS, COMO YO OS HE AMADO.

(Del Evangelio de San Juan)